

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



DOUGLAS FAIRBANKS

CUADERNO Nº

35 Cts.

EL PRÓXIMO CUADERNO

QUE SE PUBLICARÁ EL SABADO,
DÍA 18, ESTARÁ DEDICADO A
LA DELICIOSA INGÉNUA

MARY PICKFORD

Datos interesantes de su vida - La
tragedia sorda de su primer ma-
trimonio - Su arte - Su idilio con
Douglas Fairbanks - Anécdotas.



EN PREPARACIÓN:

CHARLES RAY

:: EDDIE POLO ::

PEARL WHITE

(PERLA BLANCA)

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DOUGLAS FAIRBANKS

POR

MIGUEL GARCÍA ACUNA

EL ARTISTA DEL BUEN

: : : : : HUMOR : : : : :



USTED, lector simpático o amable lectora, habrá visto trabajar alguna vez a ese histrión de la risa franca, que se llama Douglas Fairbanks. Y usted, seguramente, habrá sentido, al verle, la necesidad imperiosa de cogerle las manos, en un apretón de sincera amistad.

Nosotros hemos sentido idéntica tentación.

Cuando le vimos por primera vez actuar en la pantalla — hace muy pocos años — quedamos presos en las redes de simpatía que nos tendió. Hubiéramos querido, entonces, conocerle, vivir en el mismo sitio que él, para visitarle, sin previa presentación, y, dándole unas formidables palmadas en la espalda, declararle, cariñosamente, francamente nuestro deseo de ser sus amigos.

Porque nosotros estamos seguros de que Douglas es un amigo bueno y leal. No lo concebimos de otra manera. ¿Sería posible que l, que ríe con una risa franca, que pregona en sus menores movimientos la enorme cantidad de salud y alegría que posee, pudiera obrar en la vida con doblez y mala intención?

Creer que el gesto alegre de Douglas no es más que una superchería para conquistar a los públicos, sería negar la evidencia.

El artista del buen humor ríe así en la pantalla porque ríe así en la vida. Su trabajo en el lienzo blanco, que nos asombra por su naturalidad, es como una prolongación de su vida, al mismo tiempo sencilla y accidentada. En ese trabajo, no se toma siquiera la molestia de fingir, seguro de que si pudiese en él un poco de afectación, perdería todo el encanto que ahora tiene.

Y por eso, por su simplicidad, por su optimismo, que parece cantar todos los goces sanos de la vida, nosotros amamos el arte de Fairbanks. Y a veces suponemos que el artista ha sabido mirar la vida a través de los versos de nuestros dos grandes epicúreos: Berceo y el Arcipreste de Hita...

Tal vez un crítico excesivamente severo hallase el arte de Douglas poco dúctil y, sobre todo, poco sujeto a las reglas académicas, y, seguramente, miraría con un gesto de desdén la labor del actor popular.

Claro está, y nosotros somos los primeros en reconocerlo, que el arte de Fairbanks se distancia mucho del de esas grandes figuras de la escena europea, que bebieron, primero en las claras fuentes de la tragedia helénica, y más tarde dijeron, con énfasis declamatorio, los versos de Racine y de Corneille, y dieron vida a los personajes grotescos de Molière, y, por último, después de haber hecho vibrar todas las cuerdas del arte dramático, movieron los muñecos humanos de los dramas modernos, con un arte exquisito y delicado. Y por nuestra imaginación, como un desfile glorioso, pasan los nombres de Sarah Bernhardt, la actriz de asombrosa ductilidad; de la Rêjane, de la Duse, de Zacconi, de Mimí Aguglia, de Novelli, de Guítry...

Pero reconocemos también que el arte de Fairbanks, indudablemente muy inferior al de los anteriores artistas, resulta, sin embargo, más encantador, por su deliciosa infantilidad. Es un arte para espíritus sanos, para hombres que, sabiéndose fuertes, no temen a la lucha por la vida.

Por eso se concibe que en los Estados Unidos, un país vigoroso y lleno de energías, donde los hombres se mueren de vejez, conservando todavía en sus almas la pureza de los niños, Douglas Fairbanks tenga tan enorme número de admiradores. Los americanos gustan mucho de estos actores atletas, que, sin meterse en honduras psicológicas, les dan en sus creaciones una sensación de vida fuerte, sana y amable. Y en este sentido, tal vez ningún actor de América aventaje a Douglas Fairbanks.

Un periódico, refiriéndose a la película *El arrégalo todo*, una de las últimas creaciones del actor favorito, se preguntaba intrigado:

«¿Qué es Fairbanks? ¿Es un hombre? ¿Es un mono? ¿Su cuerpo es de carne o es de goma?»

Y es que en esa película, como en casi todas las suyas, Douglas salta con la agilidad de un mono, corre, da puñetazos formidables, se ríe a carcajadas cuando ha despanzurrado a un enemigo o cuando una mujer le dice que le quiere, y hace todos los ejercicios imaginables con un desenfado alegre, como si no le concediera a aquellas proezas la menor importancia. Y esta agilidad sorprendente, este continuo moverse de uno a otro lado, siempre con la risa de hombre sano bailando entre sus labios carnosos, es la cualidad que imprime a la labor del artista yanqui una simpatía irresistible.

También su talento artístico ha tocado, en ocasiones, la nota dramática. Todavía recordamos una película suya de la marca Triangle, cuyo título no acude a nuestra memoria — creemos que es *El Mestizo* — en la que interpreta el papel de un indio, despreciado de todos. Su labor, aquí, es sobria, es concienzuda, pero no llega a convencernos.

Está demasiado grabada en nuestra retina la imagen del Douglas de siempre, tan jovial y tan dinámico, para que lo reconozcamos en este otro Douglas de mirada triste, que camina lentamente por la vida, cual si sobre sus robustas espaldas llevase el peso inmenso del desprecio de todos...

DOUGLAS FAIRBANKS

INICIA SU CARRERA AR-

: : : : TÍSTICA : : : :

Douglas Fairbanks nació en Denver, una ciudad de los Estados Unidos, hace treinta y tres años.

Hijo de padres modestos, sus primeros pasos en la vida fueron duros; pero nuestro hombre no le concedía excesiva importancia a la escasez que reinaba en el hogar de sus mayores.

Más amigo de sostener verdaderas batallas con sus compañeros de colegio, a la salida de las clases, que de preocuparse con la resolución de hondos problemas trascendentales, empleaba su tiempo en aquellas nobles ocupaciones guerreras, y cuando volvía a su casa solamente procuraba esconderse para no descubrir

alguna descalabradura en la piel o algún siete en la indumentaria.

Pronto salió del colegio y empezó a ganarse un sueldo, muy reducido, en un despacho, donde continuamente andaba a la gresca con las columnas de números, que tenían el poder fascinante de sacarle de su tranquilidad habitual. Por entonces, repartía las horas diarias entre su trabajo y sus aficiones atléticas, y al salir del despacho, corría a la sala de una sociedad gimnástica. ¡Y allí sí que nuestro hombre se encontraba en su elemento! La lucha greco-romana, el jiu-jut-sú, el boxeo, la esgrima, no tenían secretos para él.

En aquellas aulas, al mismo tiempo que moldeaba su cuerpo, haciéndolo bello y robusto como los de las esculturas helénicas, moldeaba también su alma, dándole fortaleza, encerrándola en una coraza de salud y alegría, que le ayudaría mucho a triunfar en la lucha por la vida.

Hubo un momento, sin embargo, que el dardo del amor abrió un boquete en aquella coraza. Y Douglas empezó a perder el apetito y a no sentir entusiasmo por las luchas atléticas y a pasearse por el campo, con las manos en los bolsillos del pantalón, admirando el canto de los pajarillos, y a suspirar bajo la lámpara de plata de la luna.

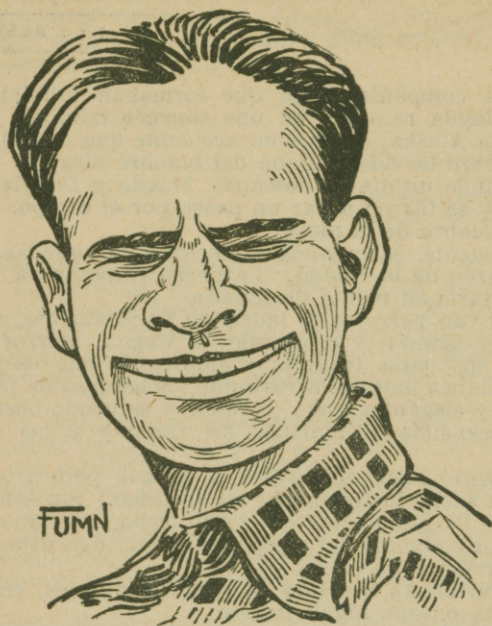
Douglas estaba enamorado; fatal y terriblemente enamorado. ¿La causa? Una corista del teatro Washington, de Denver, rubia, blanca y menuda como una figulina de Sévres y que poseía un nombre precioso de cortesana. Se llamaba Magda.

Frente a aquel amor que inundaba toda su alma, el futuro artista se sintió impotente para vencerlo. Intrigó, gestionó con los directores de la compañía, y cuando los cómicos levantaron el vuelo, llevando a otro lado la voz de los poetas, Fairbanks abandonó sin pena las columnas de números, abandonó la casa de sus padres y se lanzó mundo adelante, sintiéndose capaz de todo, con tal de conservar siempre a su lado a aquella muñequita linda y buena, que era como un juguete entre sus manos de atleta.

Vinieron las largas correrías por las ciudades tranquilas del Oeste, encantadoras cuando la *tourné* era fructífera; tristes, de una tristeza infinita cuando el fracaso era su compañero inseparable.

El tiempo que su amor le dejaba libre, lo empleaba Douglas en luchar con los mozos de los pueblos, en montar a caballo y en ejercitarse en todos los deportes rurales.

Con tal método, sus miembros conservaban siempre la agilidad y la elasticidad de goma que les había sabido imprimir en sus sesiones gimnásticas de Denver. Y, al mismo tiempo, con esas diversiones, se consolaba del fracaso de su iniciación artística. Porque Douglas, según sus directores, era un mal actor, que no se preocupaba poco ni mucho de su papel. Verdad es que en los ensayos, nuestro hombre, en vez de atender las indicaciones que se



Douglas Fairbanks en *El Quijote Moderno*

Caricatura de Fumn

le hacían, estaba pendiente de los menores movimientos de Magda; verdad es que al encerrarse en la oscuridad del teatro, cuando el sol, borracho de luz, cantaba sobre el campo y los mozos montaban de un salto sobre potros salvajes, era para Douglas un martirio horrendo.

Y, por eso, el que más tarde había de ser favorito de las muchedumbres, no fué en sus comienzos más que un desgraciado partiquino, en quien el público ni se fijaba siquiera.

LA TRAGEDIA SENTIMEN-
TAL DEL HOMBRE
 : : : : ALEGRE : : : :

Cuando la compañía de la que formaban humildísima parte Douglas y Magda recorría, en una *tournée* triunfal, los fríos territorios de la Alaska, ocurrió un accidente que extendió una nube de tristeza sobre la vida diáfana del hombre alegre.

Aprovechando un día de descanso, Magda y Douglas alquilieron dos caballos y se fueron a dar un paseo por el campo, cubierto por la blanca alfombra de la nieve.

Insensiblemente, saboreando el encanto de aquellas horas amables, se alejaron de la ciudad. La noche empezaba a tender sobre el blanco sudario su manto de sombras.

De pronto, un perro salió ladrando furiosamente, escapado tal vez de alguna granja, y el caballo de Magda, aterrorizado, se levantó sobre sus patas traseras y emprendió una carrera vertiginosa por la blanca llanura, atravesando los bosques de pinos, agudos como lanzas y elegantes como cipreses, y salvando obstáculos inverosímiles, insensible al martirio del freno y a las voces de su jinete.

Magda procuró sostenerse sobre el animal, pero a los pocos minutos caía al suelo, lastimándose en el pecho. Sin sentido, la muñeca rubia se iba hundiendo en el frío lecho, mientras la noche se apoderaba por completo del campo, poniendo negruras sobre el armiño inmaculado de la nieve.

Cuando Fairbanks, perdido en aquellos parajes, encontró a su amante, había pasado algún tiempo.

Magda estaba helada y de su boca salía un hilito de sangre, que profanaba, con su color desvergonzado, la pureza del albo manto.

Desde aquel día, el dolor clavó su garra en la vida de Douglas Fairbanks. Magda se moría, se moría muy lentamente, degarrándose el pecho al toser, herida por el puñal envenenado de la tisis.

Y Douglas olvidó sus juegos atléticos, olvidó su alegría de hombre sano y fuerte, para llorar como un chiquillo sobre la cama de la enferma.

Era el amor más grande de su vida, que el Destino se complacía en truncar; eran sus sueños y sus ilusiones, que la Fatalidad aventaba, como si fuesen cenizas en su alma. Y el buen Douglas, acostumbrado a vencer a puñetazos a sus enemigos, se rebelaba, se enfurecía contra este enemigo invisible y poderoso, que, como un ladrón, le robaba la felicidad.

Y un día de otoño, un día de una tristeza infinita, en que bailaban en el campo las hojas secas una danza macabra y el viento gemía, con un largo gemido en las copas de los árboles, Magda

se murió. Se murió, bebiendo en un último beso interminable la vida de aquel hombre a quien tanto había amado...

Entonces, Douglas Fairbanks sintió que toda aquella vida falsa y mezquina de entre bastidores se le caía encima, aplastándole, ahogándole bajo el peso de su mentira pintarrajeada. Y con un gesto de hombre fuerte, huyó...

EN BROADWAY :: OTRA VEZ EN LA OBSCURIDAD

Cuando Douglas Fairbanks se vió libre de la no muy grata compañía de los cómicos, se fué a Nueva York. No temía él la lucha en la gran ciudad desconocida, que le atraía con la voz metálica de los dólares, y no bien llegó, abandonando los sueños quiméricos de ser una gloria escénica, se dedicó a la busca y captura de un modesto empleo, más en consonancia con su carencia de facultades.

No tardó en colocarse en una importante casa comercial, en calidad de auxiliar de cajero, y su vida se deslizó por algún tiempo mansamente, sin inquietudes ni zozobras.

Por las noches, lejos de correr como en otro tiempo a las salas de gimnasia, buscaba el bullicio enloquecedor de los cabarets de moda, donde procuraba aturdirse con la visión de mujeres descomodadas y el aroma penetrante del alcohol. Así trataba de ahogar la voz del doloroso recuerdo, que era como una herida abierta en su corazón.

Pero no tardó Fairbanks en cansarse de aquella inactividad, que se avenía mal con su temperamento de luchador, y volvió a pensar en la atmósfera luminosa del Teatro.

Fué aquella una reacción muy favorable para su espíritu. Preocupado constantemente con sus nuevos proyectos, la imagen de Magda se fué borrando de su corazón. Y se localizó en el cerebro, donde fué un recuerdo más en la vida del artista.

Así terminó aquel idilio romántico, en el que Fairbanks tuvo el rol de protagonista y la Fatalidad hizo las veces de telón...

Douglas volvió al teatro, pero esta vez su actuación fué más brillante. El libro de la vida, con sus páginas amargas y risueñas, trágicas y grotescas, le sirvió de enseñanza. Y el artista supo comprender todas las vibraciones anímicas de los personajes que creó y supo darles una vida, para que sintiesen como los muñecos de carne y hueso.

Pronto tornó a ser el Douglas de antes, jovial y fuerte. Pero Broadway, con su luminosidad y la locura de sus noches eternas,

continuó atrayéndole. Y las casas del barrio bullicioso y pintoresco fueron testigos mudos de las hazañas que el atlético actor realizó, cuando el alcohol ponía una niebla densa ante sus ojos y todos los objetos bailaban en torno de él una danza infernal.

Fué necesario que volviese al campo, que respirase a pleno pulmón los aires de la sierra, para que sus antiguas aficiones al atletismo y a la vida fuerte y sana, despertasen en él.

UN NUEVO IDILIO DEL

: : : : : ATLETA : : : : :

Douglas Fairbanks había nacido para ser amado por las mujeres.

Al poco tiempo de probar nuevamente sus facultades en el teatro, el amor llamó otra vez a las puertas de su corazón.

Se hallaba la compañía en que Douglas iba de primera figura haciendo una temporada de óptimos resultados en la ciudad de Los Angeles, cuando uno de sus actores murió repentinamente, dejando a su esposa y a sus dos hijos en una situación precaria.

Los cómicos pensaron entonces en celebrar un beneficio destinado a remediar el angustioso estado de la viuda, y entre los números del programa figuraba un match de boxeo entre Douglas y Fred Swyke, un formidable pugilista de Los Angeles.

Algunos días antes de la función, se los pasó Fairbanks entrenándose para el *match*, con el entusiasmo de un verdadero profesional.

Se daba largas carreras a pie, casi desnudo, por las afueras de la ciudad; ejercitaba los músculos de sus brazos en ejercicios que lo dejaban extenuado; comía estrictamente lo necesario.

Y el día del *match* llegó por fin, y en Los Angeles había verdadera expectación por conocer el resultado de la lucha.

En los dos primeros *rounds*, *Swyke* venció a Douglas, dejándole casi inútil para desquitarse.

Pero entonces ocurrió un incidente que vino a cambiar casi por completo el curso de las cosas.

En una de las primeras filas de espectadores se encontraba Betty Sully, una actriz preciosa de la misma compañía de Douglas, que, enardecida por el pugilato, se levantó y acercándose a nuestro actor, cuando éste era un pobre guiñapo, le dijo con voz ardiente:

— Si vences a Fred te doy un beso aquí mismo!

Fairbanks miró a la actriz y la encontró más bonita que nunca. Cuando se dió la señal para continuar la lucha, Douglas pare-

DOUGLAS FAIRBANKS



DOUGLAS FAIRBANKS en varias de sus creaciones



DOUGLAS FAIRBANKS en « La Estancia de la V. »



DOUGLAS FAIRBANKS en « Delirio de Grandezas »

cía un hombre nuevo. Sus golpes rápidos y seguros, no tardaron en desconcertar a su contrincante, que iba poco a poco perdiendo la serenidad ante aquella lluvia de puñetazos que caían sobre su cuerpo, sin darle tiempo a defenderse.

Y Douglas venció a Fred y quedó dueño del campo.

Entonces, allí mismo, ante los aplausos de todos, Betty Sully cumplió su promesa.

Algún tiempo después, Douglas Fairbanks se casó con su compañera de teatro. Pero la felicidad no se asentó en su hogar. Una incompatibilidad de caracteres los separaba, amargando su vida conyugal.

Juntos hicieron varias *tournées* teatrales, juntos entraron en el arte de la pantalla; más en el refugio discreto del hogar, sus almas permanecían alejadas, como si una muralla de hielo se hubiese colocado entre sus dos vidas antagónicas.

Hace pocos años, Douglas Fairbanks, comprendiendo que aquella separación espiritual se agudizaba más cada día, sin esperanza de que volviesen los días felices de la luna de miel, le propuso a su esposa el divorcio, como único medio de buscar cada uno la dicha por el camino que creyese más conveniente.

No opuso ella el menor obstáculo a tal proposición, y el matrimonio se separó amigablemente, sin odio y sin cariño, llevando, eso sí, en sus almas, la amargura de no haber sabido comprenderse.

EL ÚLTIMO AMOR DE

: : : : DOUGLAS : : : :

Todos nuestros lectores conocerán el reciente matrimonio de Douglas con la inimitable igenua americana Mary Pickford.

Es éste, suponemos, el último amor del atleta, el más sólido, el más duradero. Es el amor del hombre ya hecho, que después de mucho buscar en la vida, encuentra al fin su compañera ideal, la que tiene un alma paralela a la suya, la que sabrá comprenderlo siempre y amarlo siempre, aún cuando los años pongan copos de nieve en sus cabezas.

Data este amor de los dos artistas famosos, de tiempo atrás. Mucho antes de pertenecer ambos a la Asociación de Artistas Unidos, ya los favoritos se conocían y se sentían atraídos el uno hacia el otro por irresistible corriente de simpatía.

Había, claro, está, los obstáculos de Betty Sully, la esposa de Douglas, y de Owen Moore, el marido de la Pickford. Y tal vez este

afecto que uno hacia el otro sentían fuese la causa de sus disgustos conyugales.

Cuando se formó la Asociación de Artistas Unidos, o de los Cuatro Grandes, Douglas y Mary estaban deletreando el último capítulo de su afecto y de su simpatía, que todavía podían mostrar a los ojos de todos, e iban a entrar de lleno en el capítulo del amor.

Douglas se había separado ya de su esposa y estaba, por lo tanto libre de ligaduras y de compromisos.

Pero Mary seguía encadenada a su marido, a quien ya no amaba, y la vida para ella era un sufrimiento continuo, un grito de rebeldía contra la sociedad, que no le permitía unirse al hombre que había hecho latir su corazón.

Y los disgustos domésticos en casa de la actriz se hicieron tan frecuentes, que el mismo Owen Moore gestionó el divorcio para dejar a su esposa en libertad y recobrar él también su independencia.

Se casaron, por fin, y pasearon su amor triunfal por las capitales magníficas de Europa. Y, como buenos americanos, que saben unir lo práctico a lo bello, al mismo tiempo que llevaban su risa simpática a las viejas ciudades europeas, hacían una propaganda insuperable de sus películas.

París y Londres, sobre todo, fueron los sitios donde los dos artistas recibieron más cariñosas muestras de admiración y de simpatía, y a la primera de esas ciudades volverán en breve, para que Douglas pueda cumplir la promesa que hizo a los periodistas franceses de interpretar el papel D'Artagnan en una película que será extraída de la obra de Alejandro Dumas «Los tres mosqueteros».

Actualmente, los dos esposos trabajan en sus estudios de Hollywood, con una fiebre y un entusiasmo, que hacen pensar en que tratan de multiplicar prodigiosamente su ya saneada fortuna.

A veces se toman temporadas de descanso, y entonces se dicen su amor y sus proyectos bajo el dosel soberbio de los árboles que adornan su finca de recreo, con la tranquilidad de los que tienen ya resuelto su porvenir y solamente esperan al hijo que ha de llevar un rayo luminoso a su vida de trabajadores incansables.

SU ENTRADA EN EL CINE

Douglas Fairbanks entró en el cine gracias a su amistad con David Wark Griffith.

En sus frecuentes viajes a las poblaciones importantes de California, tuvo ocasión de conocer al mago de la escena muda, que mueve sus muñecos en la pantalla con asombrosa facilidad.

Griffith simpatizó pronto con aquel espíritu abierto y franco. Y una amistad estrecha unió a los dos hombres.

Por aquel tiempo, el autor de «Intolerancia» era primer director en los estudios de la Triangle, que contaba con uno de los elencos más poderosos de los Estados Unidos.

Allí se encontraban figuras de la importancia de las siguientes: Charlot: Fatty, Mabel Normand, Charles Ray, William S. Hart, Bessie Love, Dorothy Dalton, Enid Bennet, Norma Talmadge, Charles Murray, Bessie Barriscale y otros muchos que en este momento no recordamos.

En general, por allí desfilaron casi todos los artistas cinematográficos de América; los que hoy gozan de algún renombre y los que se han hundido en el pantano del olvido y la impopularidad.

Y Douglas Fairbanks no podía por menos de dejar también algo de su recia personalidad entre las paredes de aquellos estudios.

No tardó Griffith en descubrir las cualidades atléticas de Fairbanks y pensó que aquello era materia muy aprovechable en el cinematógrafo. Lo vió boxear, correr, saltar, montar a caballo; lo vió, sobre todo, hacer todas aquellas hazañas con la sonrisa del hombre satisfecho de la vida, y se apresuró a contratarlo, ofreciéndole la cantidad que él pidió.

Y Douglas se vió de repente convertido en actor cinematográfico y halagado su amor propio de artista y de atleta al ver que una personalidad de la categoría de Griffith reconocía sus méritos.

¡Y él, que en Nueva York había buscado una plaza de escribiente, porque creía que no poseía facultades para salir de la obscuridad!

En la Triangle hizo Fairbanks, tal vez, sus mejores creaciones. Aparte de alguna ingenuidad — muy explicable por cierto, dada su poca experiencia en el nuevo arte — gustaba el trabajo del novel artista, más que por otra cosa, por su naturalismo atrayente.

Desde el primer instante comprendió Douglas que ante él tenía un escenario muy amplio para moverse a su antojo y para realizar aquellas proezas arriesgadas que en otro tiempo dejaban asombrados a los mozos de los pueblos.

Y no se quedó atrás en sus alardes de fuerza y agilidad.

Muchas veces, sus directores tenían que llamarle la atención para que no hiciese tan a lo vivo algunas escenas temerarias, en las que peligraba su vida.

Otras veces, cuando el cansancio le invadía, Emerson, su director más inmediato, que sentía por el artista intrépido una admiración sin límites, se complacía en herir su vanidad para que ante él realizase nuevas hazañas. Y le decía:

— Douglas, es necesario terminar esta escena con un golpe de efecto. ¿Por qué no se arroja usted al mar desde el puente de un trasatlántico?

— Hombre, déjeme usted ahora, que estoy muy cansado. Mañana lo haré, se lo prometo...

Entonces, Emerson, fingiendo compasión, daba el golpe certero, que iba a herir directamente el amor propio del artista.

— Tiene usted razón. Es pedir demasiado... ¿Quién sería capaz de arrojarle al mar en día frío de diciembre?

— Yo lo soy.

— Es posible, pero no lo creo.

— ¿Se apuesta usted cinco dólares?

— ¡Apostados!

Un auto los llevaba hasta el puerto y allí, Douglas ganaba la apuesta. Por este sistema, logró Emerson conseguir que el formidable atleta hiciese proezas inenarrables, como la de arrojarle desde la ventana de un hospital a veinte metros de altura, la de cruzar de un rascacielo a otro por el cable de la electricidad y la de subir en un auto desvencijado hasta la cumbre del monte Manhattan, por un camino que solamente los hombres y los mulos podían recorrer.

Claro está que este método de las apuestas mermaba de modo lamentable los bolsillos del director, pues cada noche le debía a Douglas 15 o 20 dólares, importe de apuestas que el actor ganaba.

Griffith, con su talento excepcional, moldeó el temperamento artístico de Douglas, depurándolo de los defectos que en otro tiempo manchaban su arte.

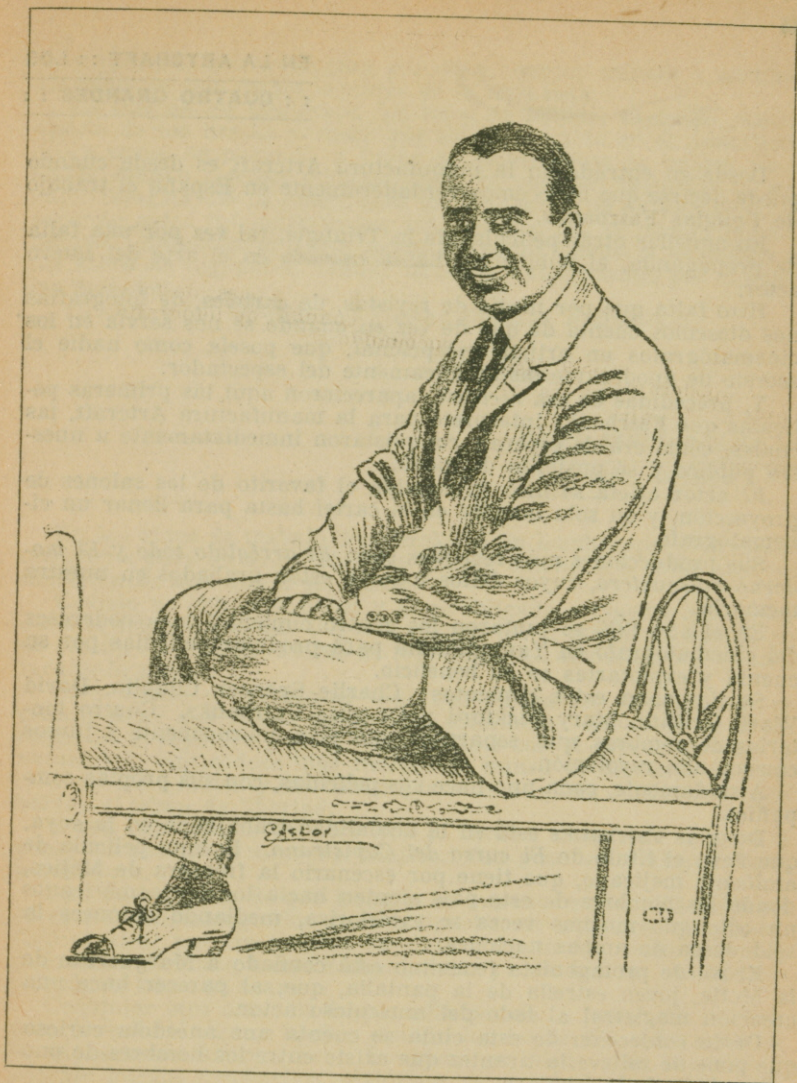
Y así consiguió que el hoy favorito de las multitudes llegase a hacer aquella creación insuperable en la película *La locura de Nueva York*.

Jamás vimos a actor de comedia alguno interpretar tan perfectamente, tan naturalmente un papel de tan extraordinaria dualidad como éste a que nos referimos.

Era un papel complejo, en el que unas veces, el actor se nos aparecía como un señorito ciudadano, lleno de fortaleza y de alegría, y otras veces le veíamos vestido de *cow-boy*, arrojando el lazo con la facilidad de un gaucho, montando caballos en pelo y disparando tiros que siempre daban en el blanco.

Pero aquella risa tan suya, tan personal, que era como un sonar de cascabeles durante toda la película, era el mayor encanto de la comedia.

Después de ésta, hizo también para la Triangle otras producciones muy buenas, y más tarde, ventajosamente contratado, se pasó a la Artcraft.



Retrato de Douglas Fairbanks

Dibujo de E. Astor

Desde su entrada en la manufactura Artcraft es desde cuando puede decirse que conocemos verdaderamente en España el trabajo de Douglas Fairbanks.

En aquellas otras películas de la Triangle, tal vez por una falta de propaganda, el público no había *entrado* en el arte del nuevo actor.

Hizo falta que por medio de revistas, de carteles, de fotografías nos diésemos cuenta de que de vez en cuando se nos servía en los cinematógrafos un artista excepcional, que poseía como nadie el secreto de apoderarse instantáneamente del espectador.

Y, precedidas de esa *réclame*, aparecieron aquí las primeras películas que Fairbanks interpretó para la manufactura Artcraft, las cuales, como era de esperar, conquistaron inmediatamente a nuestro público y se pusieron de moda.

El actor atleta se hizo en seguida el favorito de los salones de proyección, y su solo nombre en el cartel basta para llenar un cinematógrafo.

Sus producciones más recientes son: *El arrégalo todo* y *El moderno mosquetero*, cuyos éxitos todavía están grabados en nuestra memoria.

En el año 1919 se juntaron los cuatro cimientos más poderosos del cinematógrafo en Yanquilandia para producir películas por su cuenta y explotarlas en su beneficio.

Se llamaban estos cimientos: Charlie Spencer Chaplin, David Wark Griffith, Mary Pickford y Douglas Fairbanks. Cuatro tonterías de nombres, que, separados interesan enormemente y juntos causan una revolución.

Aisladamente, cada uno hace sus películas, con sus propias compañías.

Douglas Fairbanks está en la actualidad trabajando en la suya, que lleva el título de *El curso del Capistrano*. Es una película de ambiente mejicano, que tiene por escenario la frontera de Méjico, donde los hombres de este país sienten hacia los norteamericanos un odio que muchas veces se exterioriza, mediando entonces la soldadesca de ambas naciones.

El rol de protagonista femenino está confiado a Margueritte de la Motte, joven estrella de la pantalla, que, al parecer hace una creación magistral al lado del musculoso actor.

De la confección de esta cinta se cuenta una anécdota curiosa que pone de relieve la tirantez que existe entre los hombres de uno y otro lado de la frontera.

Para las escenas de conjunto, Fairbanks contrató gran número.

de mejicanos, que transigían por unos cuantos dólares a alternar diariamente con los los hombres de la otra raza.

En uno de los descansos, los hijos de Méjico, haciendo rancho aparte de los demás artistas que tomaban parte en el desempeño de la cinta, se pusieron a jugar al monte sobre la misma mesa donde habían comido. Cuando llegó la hora de reanudar el trabajo, Douglas dió la señal, pero los mejicanos no se movieron. El segundo aviso fué recibido por los morenos con la misma impasibilidad. Entonces, el atleta montó sobre un caballo y al galope se fué sobre los jugadores, tirando la mesa y esparciendo por el suelo las monedas.

¡Es así como las gasta el famoso Douglas Fairbanks!

EN EL ESTUDIO Y EN LA

:::: VIDA ÍNTIMA ::::

En las horas de trabajo, Fairbanks es un hombre que vive exclusivamente para su arte. Nada le distrae entonces, a nada concede importancia más que a su labor.

Cuando no tiene que hacer y se ve obligado a esperar que posen otros artistas, hasta que llegue a él otra vez el turno, se refugia en un rincón del estudio, detrás de los bastidores amontonados y fuma incansablemente.

Pero donde se encuentra más que nunca en su elemento es cuando tiene que filmar escenas de exteriores. Entonces su preocupación desaparece y goza intensamente con el espectáculo de la naturaleza, sintiéndose más fuerte que nunca al escuchar la canción de los árboles y al contemplar los amplios horizontes, que hablan al alma de libertad.

Y esa satisfacción interior que le invade, es la que le lleva a poner en sus creaciones una cantidad tan grande de alegría sana y bulliciosa.

Una de las cosas de que Douglas se lamenta en su vida gloriosa de artista cinematográfico es la obligación de acostarse temprano. Casi al alba, nuestro hombre empieza a filmar las escenas de sus películas y termina cuando el sol, falto ya de fuerza, camina rápidamente hacia su ocaso.

Cualquier otro actor de la pantalla podría, a pesar del madrugón, divertirse alguna noche, cuando las horas son más amables en las grandes urbes. Pero Douglas, que tiene que interpretar siempre buenos muchachos, pletóricos de alegría y de fuerza y de salud, no puede, de ningún modo dejarse fotografiar con ojeras.

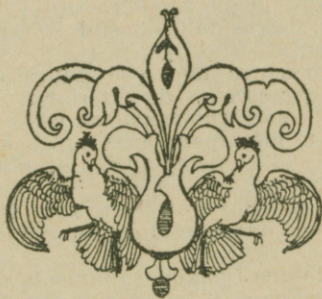
Y en la tranquilidad de su preciosa casa de campo, Douglas, noctámbulo empedernido, amante de la luna, que como la diosa del vicio preside las orgías de los hombres, piensa en aquellas lejanas noches de Broadway, cuando se emborrachaba de vino y de amor para olvidar la imagen de una mujer.

En su *home* reúne todas las comodidades imaginables. Sus muebles son de un gusto exquisito y los tapices que cubren sus paredes tienen el sabor de infantilidad de los artistas primitivos.

Rodea la casa un extenso jardín, donde el atleta, para satisfacer sus aficiones tiene una pista de tennis, otra de polo, un estanque grande y una pista de patinar.

Allí, entre los libros y el amor de su linda mujercita, la encantadora Mary Pickford, reparte el tiempo que su arte y sus deportes le dejan libre ese actor-atleta, que ha sabido popularizar hasta lo inverosímil su nombre de Douglas Fairbanks.

MIGUEL GARCÍA ACUNA



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, *España y Portugal*: 18 ptas. - *Extranjero*: 25 ptas.

» semestral » » 9 » » 12'50 »

» trimestral » » 4'50 » » 6'25 »

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

A NUESTROS CORRESPONSALES

Tenemos a la venta gran número de ARGUMENTOS de las películas de más éxito, ilustrados con preciosos grabados, que serviremos contra nota de pedido dirigida a esta Administración.

A NUESTROS LECTORES

Comprendiendo el interés que despierta todo cuanto se refiera a los artistas cinematográficos, contestaremos en una sección de CORRESPONDENCIA a todas las preguntas que se nos dirijan.

